

debía pasar por crudelísimas pruebas antes que mi deísmo, que la proximidad de la muerte ó que el aspecto del cadalso no habia logrado destruir, se desplomase bajo los argumentos del análisis y bajo la terrífica influencia de una prision perpetua. Entonces fué cuando mis ojos se empezaron á abrir á la luz, cuando las palabras del digno sacerdote presentaron en mi memoria el buen fruto que predijera. ¡Permita el cielo que algun dia lo sepa! ¡Quiera el cielo que la idea de que aquellas indulgentes exhortaciones fueran una de las causas que me hicieron volver al sendero de la verdad, le sean íntimamente gratas y le proporcionen aquel consuelo que en la parábola del buen pastor tan divinamente expresara Jesucristo!....

Este capellan fué nombrado para otro empleo; nuevas borrascas vinieron á agitar el corazon del preso; el eclesiástico que debía consumir la obra de salvacion comenzada se presentó por fin en Spielberga.....

"Os manda llamar el sacerdote, díjome el subdirector de policía; tened á bien seguirme."

Obedecile con preteza, y en breve me encontré delante del que habia de enseñarnos la palabra de Dios en lo venidero. Púsose en pié al verme y tendióme la mano diciendo en italiano; *Che sia il ben venuto* (bienvenido seáis).

Su voz era suave, y tan benévola su fisonomía que me sentí atraído hácia él desde el primer instante que le viera. Ya no era aquel

seminarista tímido, cortado, que no se atrevia á hablar ni á levantar los ojos delante del obispo de Cattaro, sino un joven sacerdote de piadoso y digno continente que sobre un amabilísimo rostro llevaba impresos el candor y la bondad de una excelente alma.

"Sentaos, díjome con afectuosa cortesía viendo que me conservaba en pié en su presencia... Son tan pesadas vuestras cadenas, y naturalmente estareis tan débil, que debéis tener necesidad de un continuo descanso. Solitario vivís; pobre jóven.... ¡Ay de mí! semejante soledad es un dolor acerbo su puesto que con ninguno cuenta el hombre que llene el vacio de los dias que pasa....

—"Vale mas solo, dije entonces, que mal acompañado."

Asomó á los labios del sacerdote una melancólica sonrisa, y luego prosiguió diciendo:

—"Acaso os volverán á poner algun dia con vuestro antiguo amigo Confalonieri.

—"Ese es el mas ardiente de mis votos, contestéle, pero no lo espero; no estamos acostumbrados á que se cumplan aquí nuestros deseos, y solo padecer nos toca.

—"Demasiado lo veo, *caro signor*, y estaba léjos imaginarme que vuestra existencia fuese tan horrible; empero tendrá fin este tiempo de prueba y los males que estais sufriendo en este mundo se os tendrán en cuenta en el otro.... Tened pues paciencia y pensad en que Dios no abandona jamás á los que en él tienen confianza.

—“¡Ay, señor abate! la confianza se pierde cuando el mal se prolonga y cuando todo lo que os sucede y os rodea os impele á dudar de la misericordia divina....¡Hace ya mucho tiempo que gemimos tras de los cerrojos!

—“¡Oh! sí, sin duda, dijo entonces el sacerdote con la bondad mas tierna; ¡vuestra suerte es horrible!...mil veces mas cruel que la de los galeotes; ¿quién podrá negarlo? no yo, ciertamente, que estoy viendo en vos todas las fatales consecuencias de ella; pero esa desconfianza, ese desaliento, no deben alterar jamás vuestra fé en Dios y en su misericordia infinita....Ofrecedle vuestros padecimientos y los aceptará, por amor á nuestro Redentor.....”

Guardé silencio.—“Os callais, añadió: ¿por ventura no echais de ver que no existe tribulacion alguna que no se pueda sobrellevar con paciencia, aun con alegría, cuando se tiene en el alma la consoladora conviccion de que se sufre por Jesucristo, y que habrá de premiarnoslo el dia de su juicio? ¡No vayais á creer que no os compadezco con toda mi alma!...Conozco cuánto es grande lo que perdisteis, cuánto es caro lo que sentís....vuestra familia, vuestra patria, vuestra juventud que se marchita, vuestras fuerzas que se consumen, vuestra inteligencia que por falta de estudio se extingue, y vuestro corazon que llora todos sus afectos....¡Sí, echo de ver cuán horribles tormentos encierra semejante destino para un hombre de la edad vuestra!....¡y mis lágrimas, ya lo

veis, están corriendo sobre vos, pobrecito, preso!...Estad, pues, íntimamente persuadido de que mis palabras no llevan otro fin que el de animaros á que busqueis algun refugio contra tal rigor de la suerte en vuestros sentimientos religiosos, porque la piedad es la que habrá de consolaros en este mundo, y aseguraros la salvacion en el otro.

Se proferian con tanta uncion, con tanto candor estas palabras, que hube de abandonarme á él con la esperanza de que encontraría un consolador, un amigo, en el hombre que comprendia tan bien su santa y caritativa mision. Abrióse á él mi corazon, y si no lo derramé totalmente en el suyo, desde esta primera entrevista, si retuve la confesion de todos los recientes desconuelos, de todas las nuevas heridas de mi alma, fué porque tenia vergüenza ante tan rico tesoro de fé, de revelar que habia podido, en dias por siempre lamentables, desprenderme de toda creencia, y que fluctuaba todavia en las tinieblas de la incredulidad y de la duda.... Pero desde luego adiviné, por las pocas palabras que de mis labios se escaparan, el mal estar en que me hallaba y las angustias que mi ciega conciencia padeciese al estar luchando todavia con los sofismas de la soberbia...No tardó pues, en volver de nuevo á escitarme, y yo, conmovido de su evangélica benevolencia, confíele sin restriccion alguna mis padecimientos y mis errores.

Despues de haberle referido la historia de mi

regreso al catolicismo, esplíqueme las causas que habían dado origen á que en seguida me inclinara al protestantismo; relatéle las dudas, las vacilaciones que había tenido hasta el momento en que me decidiera á adoptar la religion reformada: hícele ver de que manera había llegado, aplicando el principio de libre exámen en materia de fe, á desechar de mi creencia no solo los artículos no admitidos por los protestantes, sino aun, y sucesivamente, todos los demas dogmas de la revelacion incluyendo en ellos la divinidad de Jesucristo. —“Sí, señor abate, díjele tomándole una mano sin que él la retirase á pesar de la sorpresa y del dolor que en su semblante se pintaron, ahí es, debo confesarlo, á donde he ido á parar á consecuencia del análisis, no tomando mas que á mi sola razon por guía, es como mi alma ha descendido hasta el deísmo. . . .”

—“¡Pobre jóven! ¡pobrecillo jóven! repetia á cada instante el piadoso eclesiástico escuchándome con tan indulgente lástima que mi enternecido corazón no podia menos de llenarse de agradecimiento; ¡en qué errores habeis caido! ¡cuánto habeis debido padecer para llegar á desechar la religion de vuestros mayores, vos que os hallábais en tan absoluta necesidad de una firme creencia para sobrellevar los trabajos que os enviaba el Altísimo! . . . ¡porque el deísmo es muy vago, muy árido, cuando el alma tiene las fuerzas agotadas y se eleva hácia el cielo para buscar en él alivio y esperanzas! ¿No

lo habeis experimentado, preguntóme con voz afable y persuasiva, y no os ha sucedido tambien en vuestros dias de angustia haber recurrido inútilmente á esas que llamábais vuestras piadosas inspiraciones? ¿no sentíais en vos mayor abatimiento aun, no dudábais mas de la Providencia Divina, despues de cada una de esas efímeras invocaciones?

—“¡Sí, ay de mí! contestéle. . . . y desesperando á poco de adquirir resignacion y esfuerzo por medio de estériles plegarias en las cuales empezaba á no tener ya fe, fui á dar al mas horrible escepticismo. Aun no es todo, proseguí diciendo con una profunda emocion y vacilando un tanto, sino que no tardé en llegar, ¿podreis creerlo? sí, llegué al último grado á que puede ir á dar la aberracion mental; volvíme. . . .”

—Materialista; añadió con presteza aquel excelente sacerdote. Era una consecuencia precisa del sistema que habíais adoptado; entre el catolicismo y el materialismo no hay medio racional en que el espíritu humano pueda detenerse. . . . Vuestro ilustre Fenelon lo ha dicho, así como ha dicho tambien que el materialismo, verdadero suicidio filosófico, es la desesperacion de la razon y de la inteligencia. Pero estoy seguro, añadió aquel digno eclesiástico, de que no tardó vuestro corazón en indisponerse contra el monstruoso error de la materialidad del alma, y que encontrásteis en vuestra conciencia argumentos bastante fuertes para que llegáseis á dudar de la infalibilidad de la razon en materia

de fé. Decidme: ¿no os sentísteis muy infeliz, sumamente desesperado, cuando os visteis reducido, por todo porvenir, á los tristes dias de esta corta vida?

—“Tan desdichado me sentí, exclamé, que habria ciertamente acabado con mi existencia, si semejante estado de incredulidad se hubiese prolongado por espacio de algunas mas semanas. . . . ¡Cómo, en efecto, habria podido yo, resistirme á la horrible tentacion de librarme en unos cuantos segundos, de los tormentos de semejante cautiverio? . . .

—“Desdichado jóven! vuestros padecimientos son grandes, es verdad, y la cruel situacion en que os hallais es tal, por su naturaleza, que hace perder toda esperanza. . . . Pues bien, precisamente porque el mundo no os da consuelos debeis ateneros á los que nos vienen de lo alto. Esos consuelos se les encuentra en una fé sincera, inalterable; pero no basta con creer en Dios y en la inmortalidad del alma, esta verdad es especialmente sensible para aquél que, como vos, se encuentra condenado á vivir bajo las silenciosas y oscuras bóvedas de una cárcel; el deismo no puede ser la religion de los dilatados infortunios; ya teneis una dolorosa experiencia de ello y habeis reflexionado demasiado para no haberos convencido de que es sobradamente débil, sea su primitiva exaltacion cual fuere, para defenderse del escepticismo y del materialismo, así como tambien habeis debido persuadiros de que nuestro íntimo conocimien-

to de lo justo é injusto es insuficiente para que podamos fijar sobre inmutables bases nuestros deberes hácia Dios y para con nuestros semejantes. ¿No se sigue acaso de aquí que tendríamos derecho para murmurar de la justicia y de la bondad del Criador, si nos hubiese abandonado á las engañosas luces de la razon, sin darnos El mismo una ley révelada que todos nuestros deberes encerrase? Esa ley revelada, gracias á la misericordia Divina, existe en libros cuyo origen celestial, importa, antes de todo, que creamos: luego de todos los estudios este es el principal y mas urgente.

—“Eso ya lo sé, repuse con presteza, y he ahí por que habia pedido con empeño algunos buenos libros; ¡pero me fueron rehusados. . . . irrevocablemente rehusados! agregué suspirando.

—“Pues bien, díjome el buen Urba, estudiaremos juntos; y si no puedo proporcionaros libros para que os los lleveis á vuestro calabozo, procuraré que los leais siquiera á mi lado. . . . ¡Dichoso yo si logro, y no lo dudo, devolver á vuestra alma, á la vez que su fé primitiva, la paz, la resignacion y la esperanza! . . . ¡dichoso yo tambien si consigo que podais encontrar en nuestra pláticas algun alivio á vuestros pesares! . . . Consolar á los afligidos interesándose en sus males es el mas precioso atributo de nuestro ministerio, y todos los dias pido á Dios que bendiga mi dolorosa mision proporcionándome este goce.

—“Y la bendecirá sin duda, contestéle con un acento que revelaba la profunda emoci6n de mi alma....Las dulces lágrimas que haceis verter de mis ojos son un irrefragable testimonio de ello....¡Hacia tanto tiempo que no las derramaba sino amargas!....¡Dios os premie, padre mio, el bien que ya me habeis hecho con vuestra caridad é indulgencia!....¡Vuestras palabras, no lo dudeis, han encontrado el camino de mi corazon y producirán en él fruto.

A estas palabras pintóse en el semblante del jóven sacerdote un inefable júbilo....Observé tanto agradecimiento á Dios y tanto amor al prójimo en sus miradas, que me precipité á sus brazos cual si fuesen los de un hermano; y cuando le oí decirme con aquella su voz angélica, “¡Dios tenga compasion de vos, pobre afligido!” parecióme que aquella era un bendicion que descendía sobre mí del cielo.....

—“Sí, añadió con santa inspiracion, sí, tengo esperanzas de que volvereis á ver vuestra patria, de que volvereis al seno de vuestra familia....¡Volvereis á vivir en medio del bullicio del mundo!.... ¡Ay! Procurad entonces, con vuestra conducta y vuestros labios, rendir el debido homenaje á nuestra sacrosanta religion, cuya refulgente verdad nada será ya capaz de oscurecer, en lo venidero, á vuestros ojos. Esta es una sagrada obligacion con la cual tendreis que cumplir para con Dios y vuestros semejantes, quienes estarán tanto mas dispuestos á dar crédito á vuestras palabras y á seguir vuestro

ejemplo, cuanto que os presentareis á ellos diciéndoles: “Mi creencia en la religion católica no es la efimera flor del entusiasmo y de la exaltacion, sino un fruto que se ha madurado lentamente, bajo las bóvedas de una cárcel, por medio de la meditacion y del exámen. Mi fe es la de un hombre concienzudo é ilustrado que cree firmemente después de haberse convencido á sí mismo de que puede creer y de que es indispensable que crea. Gracias á esa fe, gracias á esa confianza inalterable en la verdad de la revelacion y en las promesas del Dios Salvador, he sido mas fuerte, durante mi dilatado cautiverio, que el abatimiento y el despecho; que me he sonreido aun en medio de males cuyo término no preveia, y que he esperado con tranquilidad el instante en que hubiera de venir la muerte á poner término á mis dolorosísimas pruebas.” Vuestra voz, cuando habeis así, penetrará en sus corazones, y se dirán, acaso á sí mismos: “Esa religion que sale triunfante del crisol del análisis y que hace descender al alma del encarcelado, la luz, el consuelo y la esperanza, ¿no es por ventura la religion que nos habian enseñado en nuestros años infantiles, y que luego descuidamos y despreciamos porque no la quisimos conocer á fondo ni estudiarla?.... ¡Dichoso dos y mil veces, dichoso entonces, si una sola duda, haciéndoles penetrar en sí mismos, viniese á convertirles por vuestra causa y medio!.... porque la salvacion de una alma es mas meritoria ante Jesucristo de lo que lo es

ante los hombres la conquista de todos los reinos de la tierra. . . . Prometedme pues, jóven amigo mio, para no ser ingrato hácia la Providencia, que no habrá respeto humano que os impida, en circunstancia alguna, manifestar vuestras convicciones religiosas y que cumplireis con la mision que os tiene Dios reservada uniéndoos á los que, sea cual fuere la condicion en que los hubiere colocado, predicán su santo nombre con sus obras y por medio de sus firmes creencias.”

Con la efusion del padecimiento promeúle que así lo haria. . . .

¡El consuelo mas grato, el mas salutífero de cuantos Dios nos concediera, debia tambien arrebatarásenos! El bueno, el caritativo Urba, cuyas piadosas pláticas eran un inagotable manantial de resignacion y de consuelos, fué reemplazado por otro sacerdote llamado Ziack.

No intentaré pintar el dolor que se apoderó de mi corazon al saber que habia de carecer de las benéficas conferencias, de las evangélicas lecciones de aquel digno Urba. . . . pero sí diré que corrian con profusion mis lágrimas en el momento de despedirme de él, que me arrojé en sus brazos sin poder articular palabra, y que le abracé, que le estreché contra mi pecho, cual si fuese á perder con él el ángel consolador de quien la luz y la fé me vinieran.”—Consolaos, consolaos, decíame con bondad; el padre Ziack es un eclesiástico respetable de quien queda-

reis completamente satisfecho; podreis continuar con él vuestros estudios religiosos, pues abunda en fervor y es extremadamente erudito.

Empero yo seguia llorando, porque sabia que no es fácil encontrar dos veces una alma tan tierna, tan cándida, tan animada de amor á Dios y al prójimo, como lo era la de nuestro sentidísimo Urba. . . .

El bien que me proporcionó fué inmenso, porque á él debo haber vuelto con absoluta conviccion y para siempre al seno de la comunion católica, además de los gratísimos alivios que su ingeniosa caridad me supo procurar durante el poco tiempo que tuve la felicidad de gozar de sus consoladoras conferencias. ¡Sea pues por siempre venerado su gratísimo nombre, y bendito en mi corazon y entre mis deudos! ¡Quiera Dios que reciba en la tierra, así como en el reino de los justos, el premio de los angélicos consuelos que supo prodigar á los desventurados reclusos de Spielberga!

LACORDAIRE.

Los pormenores que se van á leer, relativos al ilustre orador que evangeliza hoy á la Francia con tanto fervor como buen éxito, se han